

Surt per Places i Camins

COMENSALES EN LA MESA DE DIOS

Queridos diocesanos:

Cada Eucaristía es anticipo del banquete del final de los tiempos y nos hace gustar por adelantado de los bienes futuros. “El banquete eucarístico –explicaba Benedicto XVI- es para nosotros anticipación real del

banquete final, anunciado por los profetas (cf. Is 25,6-9) y descrito en el Nuevo Testamento como las bodas del cordero (Ap 19,7-9), que se ha de celebrar en la alegría de la comunión de los santos” (Sacramentum Caritatis, 31).

En la Eucaristía Dios nos sienta a su mesa y nos ofrece el alimento de la Palabra y del Cuerpo y Sangre del Señor. Dice bellamente el Concilio: “El Señor dejó a los suyos prenda de tal espeanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial” (GS 38). A través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros, crece nuestra comunión con Cristo y se edifica la Iglesia.

La Eucaristía nos pone en tensión hacia el mundo futuro, nos hace anhelar participar en el banquete del Reino, que Jesús desea comer con sus discípulos (cf. Lc 22, 15-18). Cada Eucaristía “es anticipo de la gloria celestial” (CEC 1402), adelanto del banquete final. Es significativo que, antes de recibir la comunión, el sacerdote diga: “¡Dichosos los invitados a la cena del Señor!” Sí, somos dichosos porque Dios mismo nos invita. Cada comunión es anticipo de los manjares que gustaremos en el banquete futuro.

De la Eucaristía salimos transformados. Sentarnos a la mesa de Dios nos hace sentir con Él el deseo de que nuestros hermanos se sienten con nosotros y sean muchos los que participen de la fiesta. Cada vez que celebramos la Cena del Señor, somos enviados a anunciar su muerte y proclamar su resurrección, a pasar de la indiferencia a la misión, a contar lo que vivimos y cómo le reconocemos en la fracción del pan (cf. Lc 24, 35). De comensales pasamos a ser testigos, siervos que ayudan al Padre a reunir a todos los hijos dispersos por el mundo.

La Eucaristía tiene, por eso, una enorme fuerza misionera. La Eucaristía nos convierte a cada uno en testigo del amor de Dios para los demás. Además, la Eucaristía nos alimenta para poder vivir en el seguimiento de Jesús y llevar a cabo ese testimonio. Pero la Eucaristía es también la meta de la evangelización: proclamamos el mensaje de salvación para invitar a los hombres a sentarse a la mesa de Dios y tomar parte

en su banquete. Deseamos que celebren con nosotros la Eucaristía, la presencia amorosa de Cristo, que se ofrece como nuestro alimento.

† **Francesc Conesa Ferrer**
Bisbe de Menorca